

La experiencia cooperativista del Movimiento Sin Tierra en Brasil

Cèlia Vendramini y Claudia Cataño

En este capítulo presentamos la experiencia cooperativista del Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (*Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra* — MST) de Brasil. Un Movimiento que en su lucha por los derechos sociales, políticos y económicos de los trabajadores y trabajadoras del campo ha situado el cooperativismo como principio organizacional. Hoy en día existen numerosos campamentos y asentamientos, en los que viven más de 350.000 familias, y en los que trabajan de forma colectiva o parcialmente colectiva aproximadamente 1.900 asociaciones, 100 cooperativas y 96 agroindustrias.

En este proceso de organización y lucha, destacamos especialmente la importancia de la formación política en el tiempo de trabajo para la consolidación del cooperativismo. Ya que se trata de un principio organizacional clave en el contexto de disputa por la tierra y por la vida digna en el campo. También, además de las posibilidades del trabajo cooperativo, presentamos los grandes desafíos a los cuales las cooperativas del MST deben hacer frente para preservar los espacios de esperanza conseguidos, en un contexto de retroceso de las conquistas de los trabajadores y las trabajadoras y marcado por la expropiación sistemática de la tierra en América Latina.

En términos metodológicos, la investigación se basa en una estrategia cualitativa de generación y análisis de datos, que integró revisión documental, observación participante y realización de entrevistas semiestructuradas. Las entrevistas se realizaron al Consejo Director, al Consejo Social y Político, a la Comisión de Educación y al Colectivo de Jóvenes del Asentamiento Conquista na Fronteira, durante el mes de julio del 2018.

La lucha por la tierra

Orígenes del Movimiento Sin Tierra

Los inicios del cooperativismo del MST remiten a la década de los ochenta, en los inicios del movimiento. La lucha del MST es fruto de la histórica concentración de tierras en Brasil¹ y, a la vez, de la fase más avanzada y moderna del capitalismo en el ámbito mundial, expresado en la actualidad por medio del agronegocio. Se trata de un movimiento que emerge como expresión de la desigualdad social en el país, de la expropiación y explotación de los trabajadores y las trabajadoras, del desempleo y de las formas de intensificación y precarización del trabajo. Y se hace eco de una lucha por la tierra que siempre ha estado presente en la historia de los movimientos sociales en Brasil. Con sus orígenes en las Ligas Campesinas (*Ligas Camponesas*),² desarrolladas entre los años 1948 y 1963, que presentaron por primera vez la demanda por la reforma agraria, aunque la lucha por la tierra ya estaba presente en movimientos y luchas sociales anteriores.³

Algunas de las características que marcan la naturaleza y relevancia histórica del MST son, en primer lugar, su historia. Es un movimiento social que existe hace más de tres décadas, lo que lo diferencia de los movimientos sociales en general, que cuando tienen su reivindicación atendida dejan de existir o se reorganizan alrededor de otros objetivos. Es un movimiento nacional que está presente en casi todos los estados brasileños y se articula internacionalmente por medio de Vía Campesina. Además, es un

1. De acuerdo con los datos del *Censo Agropecuario* (IBGE, 2017), la concentración del suelo aumentó en Brasil. Actualmente el 47,5% de las tierras son controladas por establecimientos con más de mil hectáreas. Las propiedades de hasta 10 hectáreas de tierra representan la mitad de los establecimientos en el país, pero utilizan un área de solamente 2,2% del territorio productivo. El *Censo Agropecuario* también indica que la utilización de agrotóxicos ha aumentado en el país. Una tercera parte de las propiedades utilizan veneno en su producción.

2. Para conocer los lazos que conectan el MST a las Ligas Campesinas, ver: Aued, B.W.; Vendramini, C.R.; Fiod, E.M.; Conde, S.F. (2005), *Retratos do MST: Ligas Camponesas e Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem-Terra*, Florianópolis, Cidade Futura.

3. Ver: Leonilde Sérvalo de Medeiros (1989), *História dos movimentos sociais no campo*, Rio de Janeiro, FASE.

movimiento en el que toda la familia participa de la lucha y sus formas de lucha son originales, como las marchas, la ocupación de tierras y los campamentos. Desde el MST se cuestiona y lucha contra la propiedad privada de la tierra, de las semillas, de los recursos naturales y del conocimiento.

Por otra parte, es importante destacar que el MST mantiene a trabajadores y trabajadoras sin tierra organizadas y fortalece los campamentos, a la vez que lidera las luchas por el precio de los productos, la asistencia técnica, la construcción de carreteras, la creación de escuelas, entre otros. Es decir que busca combinar la lucha en la esfera política con la esfera productiva.

En este sentido, podemos decir que la condición de «asentados» (las personas que viven en los asentamientos) no significa solamente luchar por el acceso a la tierra, sino que se trata de un rico proceso de socialización. Algunos asentamientos son organizados de forma colectiva por medio de cooperativas, asociaciones u otras formas cooperadas, se trata de un paso más en la organización de los y las trabajadoras.

Territorios en disputa

Consideramos que los campamentos y asentamientos se constituyen como territorios de disputa, ya que a través de estos espacios ocupados se revela la lucha de clases presente en la sociedad, y particularmente en Brasil, uno de los países con más concentración de tierra en el mundo. En este sentido, las ocupaciones son una forma de luchar contra el histórico y actual proceso de expropiación de la tierra, de los minerales, del agua, de las semillas, de la tecnología, del conocimiento, entre otros.

La condición histórica para este proceso está en lo que Marx (2008) llama «acumulación originaria», es decir, el proceso histórico que disocia las personas trabajadoras de los medios de producción. Siguiendo a Marx, la primera exigencia del capitalismo fue la disolución de la relación con la tierra, por medio de la usurpación y clausura de las tierras comunales y de la expulsión del campesinado, convirtiendo la población agrícola en disponible para la industria y dejando el campo disponible para la agricultura capitalista. «Las expropiaciones y expulsiones de población rural,

renovadas, ininterrumpidas, intermitentes, proporcionaron a la industria urbana masas siempre nuevas de proletarios enteramente desconectados de la esfera corporativa» (Marx, 2008: 858, traducción propia).

Tal proceso no se limita a la génesis del modo capitalista de producción, sino que es la condición de la acumulación capitalista, lo que hace que los procesos de expropiación y expulsión permanezcan o, incluso, se intensifiquen en contextos de crisis capitalista; liberando, de esta forma, cada vez más personas de sus medios de subsistencia y de trabajo y produciendo continuamente una sobrepoblación relativa que mantiene la ley de la oferta y de la demanda del trabajo. Por tanto, siguiendo a Fontes (2012: 45), podemos decir que las expropiaciones constituyen un proceso permanente, y una condición para la constitución de la base social capitalista, que se profundiza y se generaliza con la expansión capitalista.

En las formas precapitalistas, el territorio y la tierra estaban orgánicamente vinculados a sus poblaciones, al punto de construir su naturaleza orgánica. Sin embargo, la condición principal de la producción capitalista es la transformación de la fuerza de trabajo, y de las condiciones y medios de trabajo y medios de subsistencia, en mercancía. Es la historia de la expropiación del ser humano en relación a la naturaleza, lo que puede ser descrito, según Quaini (1979), «como progresiva disociación del hombre en relación a los territorios, tras la transformación del territorio de valor de uso a valor de cambio o mercancía».

El territorio, por tanto, no puede ser considerado como producto de la conciliación y del consenso, el territorio es resultado de las contradicciones, de los conflictos y de las luchas. El territorio es la síntesis concreta de contradicciones históricas y es central en cualquier orden social, en lo tocante a la ocupación y distribución del espacio, al acceso a la tierra y a los recursos naturales; así como en la historia de los procesos sociales y en la construcción y preservación de una determinada identidad (étnica, de clase, regional o nacional), y en la gestación de las transformaciones sociales.

Modelo de organización de los campamentos y asentamientos

La principal forma de lucha utilizada por MST son las ocupaciones de grandes áreas de tierra consideradas improductivas y la constitución de campamentos, en los cuales la presencia de centenares o millares de familias ejerce presión para que sean expropiadas por el Estado. La ocupación y los campamentos son acciones de gran radicalidad, puesto que cuestionan la propiedad privada de la tierra. La vida en el campamento exige organización y disciplina, con reglas muy firmes y un aprendizaje colectivo sobre cómo organizar la vida junto con otras personas. La organización del espacio, y especialmente la rutina del campamento, es algo que exige un nuevo aprendizaje en relación a la manera de vivir. La organización de estos campamentos se basa en comisiones (alimentos, salud, seguridad, higiene, educación, organización) y en núcleos de deliberación y construcción de propuestas (grupos conformados por 10 familias de media), mientras que la asamblea es la instancia máxima de decisión.

Una vez se consigue la expropiación de la tierra, se configuran los asentamientos, que están reconocidos por la legislación de la reforma agraria. El pasaje para el asentamiento significa una victoria, que trae consigo nuevos desafíos y conflictos. El asentamiento es un área de tierra improductiva desapropiada por el Estado en base a la reforma agraria, en la cual las familias sin tierra pasan a vivir y trabajar. Este mecanismo se basa en el Estatuto de la Tierra (*Estatuto da Terra*, Ley 4.504, del año 1964), que establece los lineamientos para la ejecución de la reforma agraria y la orientación de las políticas agrarias en el país.

Para garantizar el acceso a la propiedad de la tierra, la ley promueve modificaciones en la posesión y uso de la tierra, condicionadas al cumplimiento de la «función social de la tierra», lo que permite la desapropiación de tierras ociosas. Más concretamente, el Instituto de Colonización y Reforma Agraria (*Instituto de Colonização e Reforma Agrária* — INCRA), instancia gubernamental responsable de los procesos de reforma agraria en Brasil, define un asentamiento rural como «un conjunto de unidades agrícolas independientes entre sí, instaladas por el INCRA donde original-

mente existía un inmueble que pertenecía a un único propietario» (INCRA, 2015, traducción propia).

Una parte importante de los asentamientos son organizados de forma colectiva por medio de cooperativas, asociaciones u otras formas cooperadas. Hoy en día existen, como decíamos, aproximadamente 1.900 asociaciones, 100 cooperativas y 96 agroindustrias en asentamientos que trabajan de forma colectiva o parcialmente colectiva. Lo que demuestra que la lucha no se puede reducir a la conquista de la tierra, sino que se debe extender a los medios y formas de producción, conforme la consigna del II Congreso Nacional del MST en 1990: «Ocupar, resistir y producir» (traducción propia).

Es por ello que a partir del congreso del año 1990, el MST empieza a debatir sobre la forma de organización de los asentamientos (individual o colectiva), del trabajo (individual, familiar o cooperado), de la producción (en parcelas o en grandes áreas comunales). Aunque hasta el momento no hay un único modelo de organización y las formas elegidas varían en cada asentamiento, según la iniciativa, disposición y posibilidades de cada asentamiento en las diferentes regiones del país. Pero los asentamientos colectivos, en los cuales la tierra, la organización del trabajo y la producción son comunales, son los que tienen conquistas más grandes en términos de formación política y calidad de vida de los y las trabajadoras.

Modelo de producción y reproducción

Desde los inicios del MST en el Sur del país en 1979, pasando por el Congreso de 1985, cuando se consolida como movimiento nacional, la cooperación ha sido uno de los ejes del movimiento. La cooperación entendida en su sentido más amplio, yendo más allá de la producción; ya que, cuando un conjunto de trabajadores y trabajadoras sin tierra se une para realizar una ocupación, se inicia la cooperación y la construcción de una identidad común. Cuando se decide realizar una ocupación de tierras, se da un proceso de conciencia frente a la situación de precariedad, de la imposibilidad de continuar produciendo la vida debido a

la expropiación de los medios de producción y los medios de subsistencia. A partir de la constatación de la imposibilidad de conseguir un trabajo digno en la ciudad y de la pérdida de la esperanza en comprar una parcela de tierra, la ocupación de tierras se convierte en una alternativa.

Dinámicas de organización en las tierras ocupadas

Las familias sin tierra permanecen un largo tiempo en los campamentos —de hecho hay familias que viven hace más de 20 años acampadas en cabañas de lona de construcción provisional—, debido a las demoras en la desapropiación de la tierra y el reconocimiento del asentamiento por parte del Estado. Este escenario crea una situación de permanente provisoriedad en los que la organización y cooperación es fundamental. Estos largos años marcados por la intemperie de la naturaleza, por las dificultades materiales, por los conflictos internos, por la violencia del Estado y de los propietarios de la tierra, por las acciones organizadas (marchas, manifestaciones, ocupaciones de edificios públicos, etc.), y en general por las dinámicas de organización, van posibilitando una experiencia colectiva de clase, permeada por muchas contradicciones, entre ellas la de vivir en cooperación.

Y, una vez consiguen el reconocimiento del asentamiento, llegan nuevos desafíos. En la vida de los asentamientos, los trabajadores y trabajadoras sin tierra se encuentran con un conjunto de necesidades que antes no hacían parte de su cotidiano, ni en el campamento ni antes de este. Son desafiados a asumir tareas complejas; ya que en los asentamientos es necesario planear la vida y el trabajo, decidir la forma de organización de la producción, lo que sembrar y donde, con qué recursos. Además de ejecutar proyectos para buscar financiación, buscar asistencia técnica, negociar con agentes externos, etc. Necesitan, también, pensar en las casas, en la escuela y en la salud. Por tanto, la condición de asentado no significa solamente el acceso a la tierra, sino que se trata de un proceso educativo y de socialización.

Los asentamientos se basan en la propiedad colectiva de la tierra y de los medios de producción, la organización y realización colectiva del trabajo, la planeación colectiva del territorio y su

sistema agroalimentario, la producción colectiva de alimentos para las familias asentadas y para la comercialización, así como en la propiedad colectiva de las inversiones, deudas y excedentes de la comercialización. Este es el caso, por ejemplo, de Cooperunião situada en Conquista na Fronteira que será estudiada en el siguiente capítulo.

La ocupación de tierras como alternativa para la vida

Los procesos de colectivización de la tierra y de los medios de producción se gestan por la necesidad de supervivencia de las familias. Una vez asentadas, las familias luchan y trabajan de forma conjunta para conseguir una producción diversificada de alimentos, recuperar el equilibrio del medio ambiente, así como la restitución y protección de los derechos sociales y económicos del conjunto de los y las trabajadoras rurales. De esta forma, en gran parte de los asentamientos, lograron educación escolar para sus hijos e hijas, educación universitaria para la juventud, acceso a la salud, saneamiento básico, ocio y recreación, seguridad social, pensiones y jubilación.

Ejemplos como el de Cooperunião muestran como en los asentamientos se busca garantizar la alimentación de todas las familias y cubrir la canasta básica. Además, también se construyen espacios colectivos de cuidado y educación. De esta forma, las mujeres participan del trabajo productivo y pueden dedicar más tiempo a la participación y formación política adentro y afuera del asentamiento. El cuidado colectivo de hijos e hijas alivia la carga de tareas domésticas que recae mayoritariamente en las mujeres y permite que puedan estudiar, atender a cursos de formación, participar en los encuentros, reuniones y marchas y contribuir en los sectores estratégicos del MST en el ámbito regional o nacional, así como apoyar otros asentamientos y movimientos sociales.

Otro ámbito de lucha de los asentamientos del MST es el derecho a la educación contextualizada, es decir, a la adaptación de los contenidos curriculares a la realidad del campo, implementando la metodología de temas generadores de Paulo Freire y de escuela cooperativa. En este sentido, en Conquista na Fronteira, por ejemplo, consiguieron que el profesorado de la red municipal de

educación visitara familia por familia, para conocer la realidad de los y las estudiantes, lo que fue una revolución en la enseñanza. En esta lucha por conseguir una educación acorde con los principios del MST, también se busca que niños y niñas de los asentamientos aprendan los principios básicos del cooperativismo, del trabajo y de la autogestión. Así, discuten sobre planeación, toman decisiones conjuntas y debaten sobre temas que conciernen a la escuela; al mismo tiempo que aprenden las tácticas de lucha, historia y simbología del movimiento.

En el ámbito de la educación universitaria, el Movimiento Sin Tierra ha logrado convenios con las universidades e instituciones de investigación, para garantizar el acceso a la educación en nivel de graduación, especialización y maestría en áreas necesarias para los movimientos, tales como pedagogía, administración, agronomía y medicina veterinaria. Gracias a estos convenios muchos y muchas jóvenes del asentamiento de Conquista na Fronteira han tenido acceso a la educación de nivel superior, además, desde el colectivo se ha contribuido con la financiación de los billetes, la alimentación y el 50% de la renta mensual y de los materiales para estudiar. Una joven, hija de una familia del asentamiento, destaca la importancia de la cooperativa en la financiación del estudio de la juventud Sin Tierra:

El asentamiento provee muy buena base cuando estamos estudiando. Yo cursé universidad y son cuatro años yendo y viniendo aquí en Cascavel, que es muy cerquita, y yo tenía los tiquetes pagados, si necesitaba irme en taxi era pagado, la alimentación era pagada, todo era pagado. Entonces, me pagaron para estudiar y aún recibía (salario) acá en el asentamiento; cuando yo no estaba trabajando, estaba allá estudiando, estaba recibiendo normalmente y así es con todos los jóvenes que están estudiando. Hay esta base, tienes un apoyo, porque a veces pasa desapercibido por los jóvenes que están acá, porque está tan inserido que ni se percibe, pero lo hay, hay toda una base, un apoyo, desde que empiezas a estudiar, desde chiquitico, cuando usted jamás necesitó comprar un lápiz en la vida, entonces, eso va yendo y te va brindando

una fuerza para usted cursar y volver [...] jamás tuve que ir a buscar una matrícula ni material escolar desde la guardería hasta la especialización, jamás compré un lapicero para mí, el colectivo siempre lo garantizó, con la salud pasa lo mismo. (Comisión de educación, 2018)

En el ámbito de la salud, esta también se garantiza de forma colectiva y con un enfoque que hace hincapié en la prevención de la enfermedad y en el bienestar integral individual y colectivo. En los asentamientos existen comisiones de salud que cuidan de la salud física y mental del colectivo, mediante el desarrollo de actividades educativas de prevención de enfermedades, de promoción de actividades asociadas al saneamiento básico, tales como protección de las fuentes de agua, mantenimiento de fosas sépticas, clasificación de la basura, alerta sobre riegos en el uso de agrotóxicos, etc. Además, muchas de las cooperativas de los asentamientos producen sin agrotóxicos (MST, 2018).

Educación en el trabajo: procesos clave en la consolidación del cooperativismo

Un elemento fundamental para entender el desarrollo del cooperativismo en el MST es la centralidad que ocupa la formación política. Para ello, el movimiento se ha dotado de diferentes herramientas que facilitan la formación para todas las personas que forman parte de los asentamientos, además, entienden la propia experiencia como un elemento clave para la formación.

La experiencia de la cooperación es fundamental para la formación política y las conquistas en las condiciones de vida de los asentamientos. Enfrentar las necesidades de forma colectiva, así como crear y trabajar de forma cooperativa, propician aprendizajes y experiencias de formación que son determinantes para la consolidación y comprensión del cooperativismo como principio organizativo. Además, podemos decir que los procesos educativos desarrollados en el interior de los asentamientos son determinantes en la conservación del carácter colectivo de la tierra, del trabajo y de la producción. De las características y de los fundamentos

epistemológicos de estos procesos educativos depende que los trabajadores y las trabajadoras rurales logren percibir la necesidad de cambio, asuman responsabilidades colectivas e identifiquen las posibilidades de acción en su tiempo histórico.

Formación para la propiedad colectiva de la tierra

La formación sobre cooperativismo se inicia en los campamentos; donde las familias acampadas experimentan y construyen nuevas formas de relación con la tierra, el trabajo y con los demás. En el campamento profundizan los aprendizajes para la ocupación de tierra y, por medio de la experiencia, descubren las posibilidades que generan la organización y la autodeterminación. Como decíamos, es a través de la práctica, de la búsqueda de la supervivencia y de la lucha por mantenerse en un espacio provisional, que se aprende a reproducir la vida de otra manera. Se reflejan, de este modo, otras relaciones sociales, que parten de una base material de producción no capitalista. Esta base material en el campamento es la materialización del propio movimiento. La rebeldía se presenta, por tanto, como una posibilidad de afirmación y articulación.

Más concretamente, el proceso educativo desarrollado en los campamentos (cuando la ocupación de tierra es aún provisional) es determinante para desaprender la lógica de la parcela individual y pasar a definir el carácter colectivo de la tierra en los asentamientos. En el campamento, los y las trabajadoras sin tierra se convencen de las potencialidades de la propiedad colectiva de la tierra, a través de años de estudio y reuniones permanentes; todo ello les lleva, no solamente a identificar la importancia de no dividir el asentamiento en parcelas, sino a pensar cómo planear en colectivo la forma de organización y resignificación del territorio, así como la forma de organización del trabajo.

Uno de los aspectos centrales del proceso de formación en los campamentos consiste en percibir las condiciones de explotación a las cuales las personas Sin Tierra están destinadas como trabajadores y trabajadoras rurales; adquiriendo, de esta forma, conciencia de la explotación a la cual estaban sometidos como arrendatarios de tierra, unida a la voluntad de cambiar esta historia heredada de generaciones anteriores. De esta forma se consolida

la necesidad de construir salidas conjuntas, fundamentadas en la cooperación y en la posesión común de la tierra.

Además, previamente a la construcción de la propuesta de asentamiento colectivo, los miembros del MST participan de cursos específicos de cooperación agrícola y se informan sobre otras experiencias de trabajo cooperativo. Y, en algunos casos, como el del asentamiento de Conquista na Fronteira, varias personas viajan para conocer la experiencia cubana de cooperación agrícola como estrategia que les sirve para fortalecerse e impide que vuelvan a la condición de sin tierra nuevamente.

Por último, construir la confianza entre las familias Sin Tierra, con orígenes diversos y sin vínculo de parentesco o vecindario, implica revolver los procesos de internalización. Debido a que, con la división de la tierra, también se dividen las comunidades y se trunca la identidad alrededor de la tierra, del trabajo y de las conquistas como movimiento. En este sentido, la formación para la propiedad colectiva de la tierra tiene por objetivo la construcción de una historia común y la consolidación de una unidad alrededor de la lucha contra la explotación de la fuerza de trabajo y de la expropiación del principal medio de producción de su existencia: la tierra.

Formación para la organización colectiva del trabajo

En segundo lugar, se trabaja la formación para la organización colectiva del trabajo, que implica distinguir el papel diferencial de la fuerza de trabajo en el metabolismo del sistema de producción, reconocer la potencialidad de la propia fuerza de trabajo y de la sinergia que se activa cuando se logra simultáneamente liberar la fuerza de trabajo y la tierra. Cuando Trabajadores y Trabajadoras Rurales Sin Tierra reconocen que, en este momento, en su condición de asentados y asentadas, tienen acceso a lo que Marx llamó «manantiales de toda la riqueza», es decir, la tierra y el trabajo (2008: 574, traducción propia), tienen la posibilidad de recuperar parte del tiempo libre que otros se estaban apropiando.

Por tanto, no se puede entender la existencia de asentamientos donde la tierra, el trabajo y la producción son colectivos, sin reconocer los procesos formativos previos; desde la época de la

ocupación, que reveló la puerta de la libertad, que enseñó el poder de fuego que tenían en sus manos. Podemos decir, por tanto, que liberar —aunque solo aparentemente— la tierra y el trabajo es una oportunidad pedagógica que posibilita descubrir el tiempo libre y, con este, la posibilidad de creación, autogestión y organización. Gracias a la reducción del tiempo requerido para la producción, aumenta el tiempo libre, creando un tiempo disponible para el descanso, el estudio, el arte, el placer y la creación que antes no tenían.

Después de instalarse de forma definitiva en la tierra, sin otros medios de producción además de su fuerza de trabajo y con la necesidad imperiosa de satisfacer sus necesidades de subsistencia, las personas que construyen un asentamiento descubren la potencialidad de la unión voluntaria de la fuerza de trabajo y de las pocas herramientas que tienen disponibles. De manera que la colectivización de la tierra obliga a generar una planeación colectiva de la producción, así como a generar una propiedad colectiva de otros medios de producción y estos, a su vez, presionaron para la conformación de equipos de trabajo, división de tareas y la propiedad también colectiva de la producción.

Estrategias de supervivencia y confrontación con el Estado en un contexto adverso

En primer lugar, hay que tener en cuenta que el trabajo rural cooperativo tiene límites estructurales, debido a que, en Brasil, la tierra y la fuerza de trabajo rural fueron liberadas parcialmente y de forma temporal. Cuando se produce una expropiación y la creación de un asentamiento, la propiedad de la tierra no es adjudicada al campesinado, el Estado se convierte en dueño de las tierras y apenas autoriza su uso temporal para que esta sea valorizada con el trabajo de las personas sin tierra. Por tanto, el futuro de los asentamientos depende de los humores del gobierno de turno, que puede expropiar nuevamente a las familias de sus tierras, situación que puede ser acelerada y justificada debido a los altos índices de endeudamiento de las Cooperativas del MST.

Además, hay que tener en cuenta que la liberación de la fuerza de trabajo de los y las Sin Tierra también ha sido parcial y tempo-

ral. Debido a que, en el momento en el que el colectivo deja de producir exclusivamente valores de uso (es decir alimentos para la satisfacción de sus propias necesidades) y empieza a producir valores de cambio, ofrece al mercado unos bienes producidos por la fuerza de trabajo de las cooperativas. Esto propicia que, de manera indirecta, la fuerza de trabajo de los y las Sin Tierra sea reciclada y reintegrada en el proceso de explotación del trabajo y producción de la plusvalía. En pocas palabras, la reforma agraria en Brasil, reducida a una redefinición del uso de la tierra y al permiso temporal para su explotación, no afecta el rumbo ni el proceso de concentración del capital internacional.

En este contexto, la formación política es una herramienta central para la consolidación de la cooperación como modelo de trabajo de la tierra. Ya que es la vía para generar un reconocimiento de las ventajas del cooperativismo, poniendo de manifiesto las ventajas económicas y políticas que genera unir de forma voluntaria las fuerzas de trabajo y los medios de producción; así como la importancia de fortalecer la identidad y unidad como trabajadores y trabajadoras. Además de la creación de espacios de deliberación para la planeación colectiva de la producción, la división de las tareas en equipos de trabajo y la evaluación crítica constante.

En este sentido, los asentamientos tienen el desafío permanente de confrontar el Estado adentro y afuera de su territorio, tanto en el ámbito de la producción como de la formación política de los y las trabajadoras. Ya que, además de tratar de incidir en sus decisiones, es el Estado quien impide la propiedad colectiva de la tierra, promueve la división y delimitación arbitraria de las tierras y garantiza la protección a la propiedad privada y los intereses del agronegocio.

Más concretamente, el MST tiene el desafío de disputar con el Estado y la iniciativa privada los principios, contenidos y propósitos de la formación política y técnica de los y las trabajadoras, así como de salvaguardar sus conquistas de la acción corrosiva del Estado. Debido a que, por medio de las políticas agrícolas, como por ejemplo las medidas de asistencia técnica, el Estado promueve la especialización en la producción de monocultivos y el uso de tecnologías para el aumento de la eficiencia en la producción;

además, enseña a naturalizar las deudas, los intereses y los saldos negativos y a mirar de forma fragmentada los agroecosistemas; interfiere en la planeación de la producción y de otras actividades en el asentamiento; y también introduce en las cooperativas los propósitos, las estrategias y los argumentos del monopolio internacional de la producción y distribución de alimentos.

Consideraciones finales

Vivir en un asentamiento, un espacio conquistado, no significa el alcance de la tierra prometida y el sosiego, por el contrario, el asentamiento es considerado un territorio de disputa, de enfrentamiento, de conflictos tanto externos como internos. Especialmente teniendo en cuenta que el objetivo de la lucha no está en la conquista de la tierra sino en las posibilidades de vivir y producir la existencia. Un objetivo complejo en una sociedad en la cual prevalece la oposición de clases y la riqueza se produce en base a la explotación del trabajo por parte de quienes controlan los medios de producción; en un contexto en el que el acceso a la tierra por sí solo, no puede generar el acceso a los medios de producción y, por lo tanto, implica una subordinación al capital.

Las personas que viven y trabajan en los asentamientos deben seguir organizadas y en lucha para posibilitar sus vidas en las áreas conquistadas, ya que, como hemos explicado, las tierras no están bajo su control completo, sino que continúan siendo disputadas. Siguiendo a Harvey (2004, traducción propia), podemos decir que se trata de una lucha por «espacios de esperanza» limitados por el capital, que impone innumerables restricciones a una «romántica vida campesina autónoma», en lo que se refiere a la técnica y tecnología, al crédito, a la calificación técnico profesional, al mercado, a las políticas públicas de educación, transporte, salud, ocio o a las infraestructuras, entre otras.

En este sentido, la lucha del MST en las ocupaciones de tierra, es un ejemplo más de las disputas por el territorio que recorren el mundo. Desde las ocupaciones de fábricas en Argentina, las rebeliones en Bolivia en contra de la privatización neoliberal —como la

famosa «Guerra del Agua» del 2000—, las luchas por la soberanía alimentaria en contraposición al agronegocio en diferentes países y continentes, las históricas luchas indígenas en defensa de su territorio, las luchas de inmigrantes en Estados Unidos que buscan preservar su identidad y vivir en un país extranjero, etc. Tales luchas, con diferentes niveles y formas de organización y diversas reivindicaciones, parecieran cuestionar el espacio abstracto, en los términos de Lefebvre (2000), o el espacio del capital.

Más concretamente, en los asentamientos, las familias del MST están conquistando las condiciones materiales para tener una vida digna en el campo, logrando satisfacer las necesidades de alimentación y renta, reivindicando sus derechos políticos, sociales y económicos, pero, con altos costos políticos. Es por ello que se resalta la importancia de la formación política, ya que, para lograr la colectivización de la tierra, los medios de producción, el trabajo y los alimentos producidos y, además de esto, enfrentar los límites y las contradicciones en el interior de las cooperativas de producción agrícola, es fundamental desarrollar procesos educativos permanentes.

Tales procesos formativos deben ir más allá de la apropiación de las tecnologías y de los procedimientos para la producción diversificada de alimentos; también deben promover una formación política que tenga una articulación dialéctica entre el trabajo y la educación, que propicie elementos conceptuales y metodológicos para que los trabajadores y trabajadoras rurales logren desactivar la resignación. Son importantes, por tanto, los procesos destinados a desaprender la lógica de la parcela individual, construir alternativas tecnológicas, efectuar análisis críticos del contexto político y económico, conocer la naturaleza, la historia y las estrategias y los argumentos del monopolio internacional de la producción y distribución de alimentos.

Bibliografía

- FONTES, Virgínia (2012), *O Brasil e o capital-imperialismo: teoria e história*, Río de Janeiro, UFRJ.
- HARVEY, David (2004), *Espaços de esperança*, São Paulo, Loyola.

- Instituto de Colonização e Reforma Agrária —incra (2015), *Assentamentos*, Brasília, Instituto de Colonização e Reforma Agrária.
- LEFEBVRE, Henri (2000), *La production de l'espace*, Paris, Éditions Anthropos [Traducción de Doralice Barros Pereira e Sergio Martins].
- MARX, Karl (2008), «A chamada acumulação primitiva», en Marx, K., *O Capital*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, Libro 1, Volumen 2, capítulo XXIV, 825-877.
- MST (2008), Página web del mst, en <http://www.mst.org.br/nossa-producao> [consultado el 14 de noviembre de 2018]
- QUAINI, Massimo (1979), *Marxismo e Geografia*, Río de Janeiro, Paz e Terra.